

DISENSO

Mayo 2020

1

«ESCRITURAS EN CUARENTENA» CAPITALISMO, CONTAGIO Y POLÍTICAS DE MUERTE

Michel Foucault Luca Paltrinieri Gustavo Bustos Gajardo Maurizio Lazzarato
Luis Saez Rueda Miguel Benasayag Gabriela H. Marchant Yuri Carvajal Bañados
Miguel Vicuña Navarro Tuillang Yuing-Alfaro Eleanora Corace Matilde Orlando
Daniel Alvaro Colectiva Materia

- Año 1 -

DISENSO
REVISTA DE PENSAMIENTO POLÍTICO

Colectivo Disenso www.disensocolectivo.com
Disenso. Revista de pensamiento político

Filosofía política ■ Pensamiento contemporáneo ■ Diagramas
Publicación cuatrimestral Revista 1 | Año 1 | Volumen 1
Mayo 2020

Publicación autogestionada Comunicaciones
disensocolectivo@gmail.com

Dirección Editorial

Iván Torres Apablaza
Tuillang Yuing-Alfaro
Gustavo Bustos Gajardo

INDICE DOSSIER

Presentación Iván Torres Apablaza	8
La ciudad apestada Michel Foucault	10
Distanciamiento social Luca Paltrinieri	14
Pandemia neoliberal, Covid-19 y control social autoadministrado Gustavo Bustos Gajardo	25
¡El virus es el capitalismo! Maurizio Lazzarato	30
La crisis del coronavirus como informable vehículo del malestar civilizacional Luis Sáez Rueda	42
De la vida en tiempos de pandemia Miguel Benasayag	50
Causa de Muerte: Vivir en Chile. Legitimación de la represión y el dejar morir en el Chile del Coronavirus Gabriela H. Marchant	54
Paradojas de una crisis mecánicamente ventilada Yuri Carvajal Bañados	60
Menuda apocalipsis Miguel Vicuña Navarro	65
El coronavirus y sus metáforas Tuillang Yuing-Alfaro	72
Cuerpos beatos en cuarentena. La desaparición del cuerpo en el devenir información Eleonora Corace y Matilde Orlando	78
La viralización de lo común Daniel Alvaro	87
El fin del mundo no puede editorializarse. Apuntes en la desorganización Colectiva Materia	90

INDICE DISLOCACIONES

F(R)ICCIONES, AF(L)ICCIONES

María Galindo entrevista a Álvaro García Linera

Andrés Ajens 98

Procesar la protesta: Entre la potencia afirmativa de las
organizaciones sociales y el devenir punitivo del Estado chileno

Iván Pincheira T. 103

Ensayo general para un apocalipsis diferenciado

Luca Paltrinieri 110

La imaginación al poder: niñ@s y tecno-revolución
(una crónica de la revolución de octubre)

Claudia Calquín Donoso 116

Fracturar el consentimiento político

Adán Salinas Araya 120

Pequeño Manifiesto en tiempos de andemia

Colectivo Malgré Tout 123



Revista Disenso es un proyecto editorial colectivo, cuyo propósito es contribuir a *re-trazar* (re-conceptualizar y diagramar) lo político. Una tentativa tal de pensamiento, reconoce en el gesto crítico de un decir verdadero (*parrhesía*), un primer movimiento.

Por contraste, entendemos que la episteme del consenso, no ha hecho otra cosa que apuntalar un concepto perfectamente neoliberal de la política, entendiendo por ello, un conjunto de discursos (imaginarios y prácticas) referidos a la producción y reproducción de un orden fundado en el mercado. Desde este ángulo, ha funcionado como una tecnología de secuestro y vaciamiento de la potencia política del “cuerpo social”, desactivando así las posibilidades de *una* crítica. En 1978, Michel Foucault recordaba a su audiencia, que la crítica no es sino una actitud que expresa un modo de estar en el mundo; un cierto *ethos* como “forma cultural general”, que involucra a la vida misma en toda su complejidad, al constituirse como “compañera y adversaria de las artes de gobernar, como manera de desconfiar de ellas, de recusarlas, de limitarlas, de encontrarles una justa medida, de transformarlas”. En este *sentido*, Disenso encuentra un significado y una dirección, al involucrar una tentativa por pensar de otro modo, precisamente en la juntura o prolongación donde ética y política se vuelven indisociables. Pero es también una clave de lectura del presente y sus líneas de fuga, esto es, de las posibilidades de pensar *un mundo* y sus con-fines.

Disenso nace circunscrito en el tiempo y el espacio. Se gesta en medio de las revueltas del “Octubre chileno”. En medio de un heterogéneo empirismo de las luchas, emergen saberes; quizás, el más relevante

en este contexto, ha sido constatar la insuficiencia de las categorías con las cuales se piensa y practica lo político: extenuación de un léxico, pero también de una gramática, que ha impedido pensar por fuera de una tradición. Por otra parte, impotencia de un régimen de verdad, que ha dispuesto prioridades, campos de problemas, estrategias analíticas y claves hermenéuticas sobre la *sociedad*, lo *común* y sus clausuras subjetivas. Disenso, de algún modo, intenta ser una contestación a esta episteme del orden, por fuera de los hábitos académicos que domesticar y comercializan la palabra.

Pese a todo, entendemos que las posibilidades efectivas del disenso, son siempre colectivas. Sólo es posible disentir, en la medida que se cruza la línea de fuerzas que separa a los “individuos” en una elusiva experiencia sin relación ni afuera. Porque lo colectivo es fundamentalmente indeterminación, posibilidad, riesgo de encuentros. A fin de cuentas, siempre se trata de *una* diferencia que no cesa de diferenciarse. El consenso también ha obturado la multiplicidad de los ejercicios colectivos, saturando sus umbrales vitales de huida con las modulaciones existenciales del neoliberalismo. Consenso y neoliberalismo son consustanciales, en la medida que éste último consiste como un programa de destrucción de las estructuras colectivas capaces de obstaculizar los procesos ampliados de acumulación capitalista. Su triunfo, solo se vuelve efectivo al ofrecer la competencia y la conformidad como única modulación existencial. Por ello, lo colectivo no puede ser sino disenso, es decir, deserción, en tanto ejercicio sistemático de defección de los conceptos, estrategias y léxicos que han poblado nuestros hábitos, prácticas y afectos; en suma, la afirmación de la vida en su radical exuberancia.

La situación global en la que nos encontramos, anticipa el ocaso de un *mundo*, esto es, su racionalidad en clave occidental, capitalista, neoliberal y patriarcal. Si algo nos enrostra la revuelta y la excepcionalidad de la pandemia, son precisamente los signos de un mundo que no puede ya ser *un mundo*, sino fracciones *agónicas* de mundos que intensifican la arcaica disyunción que nos recorre y que hoy se expresa con las cifras de una potencia disolutiva.

Asumiendo este diagnóstico como una urgencia intempestiva, hemos querido proponer el primer número de Revista Disenso, bajo el enunciado “Escrituras en Cuarentena. Capitalismo, Contagio y Políticas de Muerte”. Desde sus singulares intensidades y estratos, los trabajos aquí reunidos intentan pensar el presente y sus inciertas posibilidades. De algún modo, el vocablo “contagio” anticipa la indeterminación y los confines globales de nuestra experiencia. Porque lo que está en juego, es la posibilidad misma de lo político, dispuesta en la distancia y proximidad de los cuerpos, en la juntura y disyunción de “los muchos” (*hoi polloi*), en el poder de afección erótica del tacto. El contagio emerge, por tanto, como un arribo, es lo que viene y nos llega como límite, pero también, como radical posibilidad.

Iván Torres Apablaza
Dirección Editorial
Revista Disenso

La crisis del coronavirus como informulable vehículo del malestar civilizacional

Luis Sáez Rueda

Luis Sáez R.

La crisis del coronavirus como informulable vehículo del malestar civilizacional



La extensión del coronavirus ha ido transformándose vertiginosamente en muy poco tiempo. Su aparición, hace apenas cuatro meses en la ciudad china de Wuhan, fue experimentada a nivel internacional como una eventualidad entre otras, como una contingencia ciertamente peligrosa, pero no más alarmante que las que continuamente provienen de los altibajos de la bolsa, de los conflictos bélicos o, simplemente, de las cuestiones domésticas que atañen a la política nacional. Sin embargo, convertido en pandemia y extendido globalmente, el fenómeno ha ido siendo percibido de forma progresiva como un serio problema. Nadie en su sano juicio lo niega hoy. Hay ya al respecto muchas cosas claras, como que exige medidas de excepción de amplitud mundial para frenar sus efectos. Ahora bien, aunque la problematicidad de lo que ocurre haya salido a flote, lo que no está claro aún es qué tipo de «problema» tenemos con el problema del coronavirus. Intentaré mostrar, primero, que es un problema informulable que permite la formulación de otros problemas; luego, que puede convertirse en un operador privilegiado para problematizar el curso civilizacional del presente. Finalmente, precisaré de qué modo puede, y debe, hoy ser activado el malestar informulable en los movimientos de transformación de las sociedades.

1. El «problema coronavirus», un problema informulable

La redundancia no necesita disculpas, pues es intencionada. Si la cuestión no se plantea así, estaríamos admitiendo lo trivial: que se trata de un asunto de salud poblacional. Y lo es, por supuesto. Pero sobre el sentido de lo que está ocurriendo se ha despertado una enorme expectación, no sólo desde el punto de vista médico y sanitario, sino desde otras muchas perspectivas: desde la óptica económica, acerca de sus posibles

repercusiones en el mercado laboral; desde la psicológica, en torno a los efectos del cambio de rutina, de la soledad o de la pérdida del trabajo; desde la crítica política, dirigida al modo en que los gobiernos están gestionando la crisis; desde la óptica pedagógica, embarcada en las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías para una docencia virtual no tradicional, y un largo etcétera. Junto a todo ese conjunto de manifestaciones más o menos especializadas, es perceptible también un estallido de lo que podríamos llamar *microexpresión reticular*, es decir, de manifestaciones menos sistemáticas y más individualizadas que se cruzan en el espacio virtual por parte de una ciudadanía interconectada que renueva el ímpetu de los comentarios cada pocos minutos, en un devenir casi vertiginoso. Son tantas las informaciones, tantas las opiniones, tantas las especulaciones que, tal vez, se está produciendo lo que Franco Berardi ha llamado *inflación semiológica*, una hiper-expresión que caracteriza a las sociedades actuales y que coloca al individuo ante una cantidad de estímulos tal que se siente, finalmente, desbordado y en las proximidades del colapso interpretativo. Este es un primer aspecto del problema en que consiste el «problema coronavirus», a saber, que parece convertirse en un problema informulable, debido, precisamente, al exceso de formulaciones que la sociedad globalizada emite sobre él.

Podría pensarse que este carácter informulable del fenómeno se debe al soporte que le ofrece el *capitalismo semiótico*, cuyo desarrollo reciente parece ir en la línea de una producción inmaterial y pletórica de demandas, cuyo exceso paraliza la posibilidad de asimilación, no sólo de individuos, sino de sociedades enteras. O podría ser realizada la hipótesis de que procede del trepidante ritmo que ha adquirido, en los últimos decenios, la actividad vital, no sólo

en el ámbito del trabajo, sino también en el del ocio y en el cultural. Una actividad tan acelerada que amenaza con petrificar la capacidad misma para actuar con sentido. Cualquiera de estas posibles explicaciones del carácter prácticamente informulable que está adquiriendo el «problema coronavirus» puede ser cierta, dar en diana y acabar así con la dichosa no-formulabilidad de la cuestión. Pero lo que ocurriría, seguramente, es que cualquiera de estas hipótesis, al ser formulada, se sumaría al conjunto de impresiones, interpretaciones, comentarios, reacciones, etc., ya existente y en marcha, siendo engullida en él, confirmando, paradójicamente, que el problema del «problema coronavirus» es que, efectivamente, se está transfigurando en un problema informulable.

¿Cómo interpretar, entonces, lo que sucede, sin que la interpretación, ella misma, entre a formar parte de «lo que sucede» y sea cancelada? Tal vez, me parece, aceptando lo informulable del problema del coronavirus y otorgándole pleno derecho de existencia, para escuchar qué es lo que dice desde sí mismo. Y es que, al forzar su aclaración se está presuponiendo que es un *problema con objeto* y en eso, quizás, radica la dificultad, en que tal vez es un *problema sin objeto* que se convierte en problema irresoluble o informulable al buscarle uno, varios o muchos.

Un problema *con objeto* es uno que se refiere a un campo concreto de cuestiones. Este campo podría ser, por ejemplo, el económico. ¿Dará lugar la situación a una crisis económica en la forma de un recrudescimiento brutal de las desigualdades sociales? ¿Favorecerá, por el contrario, una solidaridad internacional como la que Habermas y otros intelectuales reclaman para Europa en particular, proponiendo un fondo común que asuma el endeudamiento conjuntamente?¹ Puede tratarse del campo concreto de lo político. ¿Conduce la situación del coronavirus a una radicalización de las oposiciones entre izquierda y derecha? ¿Es el comienzo, por el contrario, de la creación de instituciones

reales para una unidad mundial de propósito? Puede tratarse también del campo ecológico. ¿Es el «problema coronavirus» el descubrimiento de un arma poderosísima, el de la detención global de la actividad, utilizable por la mayoría para obligar a las élites a redirigir conscientemente los fines colectivos y evitar la catástrofe de la destrucción de la Tierra, como ha señalado Bruno Latour?² El «problema coronavirus» se ha explicitado de estos modos y de otros muchos. Y todos son pertinentes, abren preguntas necesarias, de manera que, antes de aceptar el carácter informulable del «problema» se podría aducir, aun, que es un fenómeno *poliédrico*, constituido por una multiplicidad de caras. Pero una comprensión de este tipo, que remitiese el problema a su multidimensionalidad, es completamente insuficiente y esquiva, porque —como advirtió Merleau-Ponty— bajo un haz de preguntas formulables se esconde una pregunta informulable que es condición de todas y que no coincide con ninguna, con lo cual queda sin resolver y, además, diversificado en una forma tal que arriesga perderse, de nuevo, en una proliferación indomeñable de interpretaciones. La mejor opción, como digo, de abordar el asunto tal y como se nos está planteando, es la de aceptar el carácter informulable del problema.

2. El «problema coronavirus» como «operador problematizante»

Aceptar algo así implica asumir que el «problema coronavirus» se ha convertido en un *problema de problemas* o en un *meta-problema*. Ha irrumpido en la vida «normal» tan abruptamente, que ha torpedeado su curso y ha abierto un espacio nuevo, antes inexistente. Ese espacio nuevo es el de un *posicionamiento excéntrico* ante el «rumbo de las cosas, en general». En ese rumbo estábamos, en su inmanencia o interior, absorbidos. En las sociedades actuales, en efecto, somos conducidos por procesos y dinamos muy poderosos. Pero inmersos en ellos, situados *céntricamente* en su desarrollo, no es posible captarlos: sólo los padecemos. Captar es otra cosa, implica tomar distancia y mirar como

desde fuera, *ex-céntricamente*. Esta posición excéntrica en la que nos coloca la detención del febril dinamismo de nuestro presente permite formular lo que desde su interior no era definible. Por eso ha hecho emerger todo tipo de expresiones, una multiplicidad enorme de capturas acerca de tales dinamos. El «coronavirus», entonces, no es exactamente un problema, sino un «operador problematizante», una instancia excéntrica problematizadora. Este es un segundo aspecto de la cuestión planteada.

Cuando D. Quijote vive en su hacienda, se encuentra *céntricamente* atado a los procesos de administración que exige. El excéntrico caballero, sin embargo, se siente morir allí, vinculado y como prisionero, y se extradita a sí mismo, se marcha a los amplios campos de Castilla. Se sitúa *ex-céntricamente* respecto al mundo tal y como *viene siendo* y busca otro inasible, más justo, más viviente, más digno. En ese intersticio entre un mundo que ha dejado y otro que todavía no es anda errante, aunque no desorientado. Creo que la situación en la que nos encontramos se parece, al menos en parte, a la del héroe manchego. Al menos en esa primera parte, en la salida excéntrica de la hacienda. Es francamente curioso que el confinamiento nos haya convertido en errantes justo en ese sentido. El movimiento al que estamos sometidos en la vida «normal» es, en el fondo, una detención, una inmovilidad. Desde la perspectiva excéntrica que permite el encierro en casa es fácil darse cuenta de que el verdadero confinamiento está «ahí fuera». Ahí fuera, sí, estamos confinados en el aparato digestivo de fuerzas que nos devoran y nos llevan en volandas, que nos atrapan y que se han vuelto ciegas. Somos movidos vertiginosamente por ellas, pero el alma —ahora lo vemos muchos— no se sentía en movimiento en semejante devenir, sino atónita y sobre-excitada, sobre-demandada. Hasta tal punto que estaba colapsada. Parálisis en el vértigo. El «operador problematizante» que es el coronavirus permite contemplar la congelación anímica que, en nuestra época, experimentamos en medio de un febril movimiento. La

detención no se produce en el confinamiento hogareño, está en el mundo de la vida y del trabajo, en el «afuera». Ése sí que es un mundo de verdadero confinamiento. En este sentido se hace comprensible la paradoja inicial de un modo más profundo. La situación del coronavirus pone ante nosotros, como operador problematizante y desde su retirada excéntrica, fenómenos de confinamiento en nuestro mundo. Pero, al hacerlo, destapa, al mismo tiempo, una textura doble o de dos caras en tales fenómenos. Por un lado, permite ver y formular «estructuras de confinamiento». Por otro, permite experimentar el dinamismo ciego que moviliza internamente a tales estructuras. Las estructuras son formulables, pero las fuerzas ciegas no. Pues éstas no son objetos, sino procesos. Y los procesos son, ante todo, experimentables. De ahí que el operador problematizante que es la situación del coronavirus permita formulaciones pero sea, él mismo, informulable: es una experiencia de lo que se mueve ciegamente, autonomizadamente; experiencia, no ya de estructuras, sino de potencias que se han convertido en destinales, en inercias prácticamente indomeñables. La experiencia-coronavirus, se podría decir empleando una figura interesante de L. Wittgenstein, *se muestra* a través de un *decir* que describe estructuras, pero él no puede ser dicho. Pondré tres ejemplos, porque me parece que acogen las tres grandes fuerzas ciegas que atraviesan nuestro tiempo. Las tres, además, dan lugar a una vida autófaga.

La primera fuerza ciega es la del capital. Hay que distinguir entre las estructuras del capital y su dinamismo. Cuando la crítica socio-política pone en entredicho al capitalismo siempre señala estructuras opresivas. Pone el dedo en la yaga de problemas *con objeto*: injusticias concretas que generan desigualdad, riqueza de pocos y pobreza de muchos y una multitud de conformaciones inaceptables. Ahora bien, si el capitalismo



Marion Parker, *New York Matrix of Capitalism*

nos está matando, no es sólo porque da lugar a estas injusticias, sino, al mismo tiempo, porque posee leyes internas que se nos han escapado de las manos. Habría que volver a Marx con detenimiento para recuperar el dibujo de este dinamismo ciego. Tiene que ver con el movimiento dialéctico del capital: afirma producciones determinadas para después negarlas, destruirlas, pues de otra forma no es posible el crecimiento continuo y exponencial que necesita. Este movimiento dialéctico de afirmación productora y de negación destructiva para el recambio continuo del fetiche «mercancía» nos sitúa en un proceso vital autófago, pues aumenta la riqueza económica a costa de someter a los individuos a un tipo de trabajo ascético y

frío en el que ellos mismos son convertidos en mercancías. Pues bien, la crítica socio-política suele olvidar dirigirse directamente contra este dinamismo ciego. Y no lo hace porque está obsesionada con atender a los problemas domésticos, los internos a cada país e, incluso, provincia, cuando la fuerza ciega y autófaga del capital es global y depende de articulaciones internacionales y trans-continetales. Sin embargo, cualquier ciudadano puede experimentar en su propio día a día el empuje fatídico del capital, que lo fuerza a un encadenamiento de actividades muy veloz e inacabable por principio. Este sentimiento, esta experiencia de la fuerza ciega y autófaga del capital, es la que ahora, tal vez, anida en el fondo del operador

problematizante del coronavirus. Está ahí, como una punzada dolorosa.

La segunda fuerza ciega es la de la racionalización del mundo de la vida, indagada por M. Weber. Hay una multitud de estructuras racionalizadoras en nuestro presente. En cada institución se encargan, por ejemplo, de absorber toda la actividad espontánea o, por decirlo así, salvaje, y de someterla a reglas procedimentales. Crece así una *procedimentalización* de la existencia que resulta asfixiante. Los procedimientos que se hacen necesarios para la docencia, por ejemplo, se extreman hasta el punto de que amenazan con convertirse, ellos mismos, en un fin. Y esto pasa en todas las esferas de la vida social. El procedimiento de «acordar» y «discutir», al que se le viene llamando, de un modo incorrecto, «diálogo», absorbe a la práctica política cada vez más, de forma que de ser un medio para la acción se transforma en el fin mismo, cuyo dinamismo disparado y voraz olvida la práctica y se convierte en la única práctica, separada y abstracta de los problemas reales. Toda actividad humana tiende a ser hoy funcionalizada a través de reglas precisas. Y este dinamismo es autófago porque comienza siendo un instrumento humano y termina convirtiendo a los individuos en objetos instrumentalizables. En cada institución hay un grupo de chamanes que se ocupan de difundir y hacer cumplir este credo reglamentador. La crítica socio-política pone en tela de juicio estructuras concretas en las que se plasma este fenómeno. Pero no se dirige directamente al fenómeno en cuanto tal, al dinamismo ciego de la funcionalización racionalizadora de la existencia, que es también un proceso en vías de globalización. Pero cada ciudadano experimenta en su vida este dinamismo como un voraz solicitador de demandas que no se siente satisfecho jamás y que tiende al infinito. El operador problematizante del coronavirus porta en su fuero interno esa experiencia turbia y alienante.

El tercer tipo de fuerza ciega es el que proviene de la *Mathesis Universalis* moderna, es decir, de un ideal de cálculo que tiende

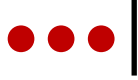
a organizar la praxis. El espíritu de cálculo se inscribe en la ética utilitarista que hoy domina a todos los niveles, en el ideal tecnológico de la Inteligencia Artificial, que reduce la inteligencia humana a un conjunto de procesos computacionales bajo los cuales late un logaritmo, en la articulación de las relaciones interpersonales, cada vez más administradas en agrupaciones y órdenes que un simple aparato móvil o un ordenador codifica y cuantifica. Está el espíritu de cálculo en el ideal de saber, que se convierte en un mero cúmulo de informaciones sin idea, en lo que se entiende por «calidad» del trabajo, que se rige, aporéticamente, por el número y por las cantidades de aquello que es objeto de rendimiento. Está por doquier. Pues bien, la crítica socio-política pone en tela de juicio estructuras concretas en las que este espíritu de cálculo se objetiva, pero no al dinamismo ciego mismo, un dinamismo autófago por cuanto sirve instrumentalmente al ser humano al precio de convertir su acción en procesos cuantificables. Pero cada ciudadano experimenta en su interior la presión cosificadora de este espíritu de cálculo, que está asimismo en proceso de globalización. Pues bien, el operador problematizante del coronavirus alberga en su profundidad la experiencia dolorosa de esta fuerza inercial.

3. El «problema coronavirus» como vehículo del malestar colectivo sin objeto

Así, pues, esta detención, este confinamiento al que ha conducido el «problema coronavirus» no es, realmente un confinamiento. Es un operador problematizante que pone al descubierto el confinamiento al que hoy está sujeta la vida en las sociedades avanzadas y en progresiva globalización. Hace formulables estructuras de confinamiento de un modo prolífico y rico, muy diverso y multilateral. Pero, ante todo, el «problema coronavirus» porta, en su interior la vivencia de que, entregados a tales estructuras, lo estamos, más profundamente,

a los procesos ciegos y autógrafos que las dinamizan. Se descubre aquí que el «problema coronavirus» es in formulable porque expresa una experiencia de malestar in formulable. Una experiencia in formulable se *muestra* a través de todo lo que este problema *hace decir y formular*, la de que, en el bullicio dinámico de estas fuerzas globales el ser humano actual está paralizado, situación paradójica central de nuestro tiempo. Esta experiencia remite, en su último extremo, a la de la vida como «organización del vacío». Si todo este proceso dinámico ciego nos colapsa, entonces nos deja huecos; y si se mueve sin cese es porque administra esa oquedad. Semejante existencia, la de la organización del vacío, no produce un malestar con objeto. Una injusticia provoca un malestar con objeto. Y también una desigualdad económica, una corruptela política o la desaparición de nuevas especies sobre la faz de la Tierra. Y dar cuenta de tales problemas y malestares con objeto es esencial para combatirlos. Ahora bien, todo eso no valdrá de nada si los seres humanos del presente no nos hacemos cargo de que la totalidad de los problemas formulables y con objeto está siendo ocasionada por fuerzas sin objeto. Es preciso, entonces, hacerse cargo, más allá de los malestares concretos, del malestar en cuanto tal, de este malestar *de profundis* in formulable pero expresable. Porque es el verdadero malestar civilizacional o, mejor, del entramado civilizacional global. Lo experimenta hoy la comunidad en su nivel más profundo, más allá de los sujetos singulares y concretos y de la suma de todos. Es trans-subjetivo. Por eso es vago, sin rostro, e informe. Por eso no es *de* los individuos, sino que les *viene* de un anónimo colectivo.

El problema del «problema coronavirus» es el problema de los problemas: el ocaso de Occidente y, con ello, del entramado global en el que influye tan intensamente. Y la dificultad en abordarlo reside en que ese ocaso o declive no tiene un perfil objetivo, pues consiste en un trenzado indefinido de potencias devenido inercial, tan contundentemente inercial que es



experimentado como un destino del que resulta extremadamente difícil escapar. Sólo el reconocimiento de este problema central puede transformar el presente. Si no se lo reconoce sucede como con el psicótico que no quiere ver que está enfermo. A ese no se lo puede ayudar. Él no se puede ayudar a sí mismo. Y por más que se le describan desde el exterior sus patologías, las integrará en su propio delirio y les anulará su posible efecto profiláctico. Pero el enfermo que es capaz de reconocer la existencia misma de su enfermedad ha puesto contra ella ya una distancia que es el comienzo de un tratamiento contundente y real. La situación actual planteada por la pandemia puede servir para problematizar a ese malestar sin objeto, precisamente porque ella misma está siendo problematizada por él. Este es el tercer aspecto del «problema coronavirus» que quería tematizar.

Tras la crisis del coronavirus las fuerzas ciegas que hoy dirigen al mundo seguirán insistiendo. Soñar con que de ésta salimos «enmendados» es una ingenuidad. Porque lo que mueve al mundo no es ya humano. Si el coronavirus sirve para darse cuenta de ello, habremos ganado mucho. Habremos, tal vez, aprendido cómo ha de ser llevada a cabo una resistencia a los poderes del presente. Ésta no puede seguir ensimismada en problemas con objeto y en malestares enunciables. Ha de perforar la costra de lo tangible y dirigirse también a lo intangible, que es el substrato cultural de la red civilizational global. Este substrato es incorpóreo, aunque se materializa en conformaciones materiales. Es un *ethos* constituido por modos de vida y modos de operar entretejidos. Entre sus hilos se agazapan los dinamismos autonomizados y sin objeto, su persistente organización del vacío y todas las ficcionalizaciones de movimiento a las que éste da lugar. El sociologismo y el politicismo actuales sólo buscan este tipo de *objetos* criticables en el tejido social: estructuras y hechos con

perfil bien definido. Pero allí donde cae una estructura surgen otras que la suplantán y que adoptan, en el fondo, la misma dirección con cambios insignificantes. Y allí donde unos hechos injustificables o injustos son denunciados y demolidos surgen otros de otra especie, pero al servicio de las mismas inercias subcorticales. Es preciso iniciar procesos colectivos de aprendizaje que propicien la identificación de movimientos tectónicos y del modo en que devienen. Hay que detectar estos devenires sin cabeza que nos asfixian e inventar prácticas colectivas que les hagan frente.

Los movimientos sociales que en el presente tendrían que ponerse en acción deberían, a mi juicio, atenerse a esta textura doble de lo que nos acontece. Formulando con precisión, por un lado, problemas con objeto, situaciones políticas, sociales, económicas, etc. Expresando, por otra parte, a través de las problematizaciones concretas, que el fin de las luchas ya no es un sólo un fin con objeto, sino un fin in formulable del que dependen todas las formulaciones. El malestar sin objeto, en ese contexto, no debería ser forzado a una objetivación. Su sentido y su fuerza radican en ese ser-in formulable que lo caracteriza. Problematizarlo es ponerlo obra, activarlo, ponerlo a trabajar. Y, en ese sentido, el “problema coronavirus” puede seguir convirtiéndose en un promotor de estas luchas futuras.

Granada, 12-02-2020
Luis Sáez Rueda

¹ Se trata de un llamamiento de una multitud de intelectuales. 10-04-2020. <https://cxt.es/es/20200401/Firmas/31876/Habermas-Fischer-intelectuales-artistas-llamamiento-coronavirus-solidaridad-comision-europea.htm>

² <https://aoc.media/opinion/2020/03/29/imaginer-les-gestes-barrieres-contre-le-retour-a-la-production-davant-crise/>

Luis Sáez R.
La crisis del coronavirus como in formulable
vehículo del malestar civilizacional